

La heterodoxia en *Don Quijote*: exégesis teológica durante la censura inquisitorial

Juan Villegas

De alguna manera u otra todos los países del mundo encierran una historia que no quisieran recordar y se ven ---por cuestiones de dolor--- obligados a ignorar. España posee estampada en el libro de sus crónicas páginas bañadas con lágrimas y sangre producto de una era de confusión, caos y afrenta. Irónicamente, estas tinieblas fueron producto de un organismo que estaba llamado a proceder conforme a su adalid. Su mensaje aunque aparentaba ser claro y contundente, no era cónsono con sus ejecutorias. El mandamiento que Jesús le enseñó a sus discípulos de “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo” (Reina Valera 1960, Luc. 10:27) resultaba paradójico. La iglesia como organismo social contaba con las más definidas intenciones, la de reconciliar al mundo con Dios y establecer y defender virtudes universales a favor de la armonía y la convivencia social.

La sociedad medieval se caracterizaba por una alta apreciación del sentido religioso. Era en los monasterios donde se enseñaba y se cultivaban las artes didácticas y moralizantes. El clero católico, considerado el centro intelectual de la sociedad, defendía abiertamente el asunto moral; y a diferencia de la literatura laica, la literatura religiosa fue la más productiva. Abundaba la temática sobre la muerte, la brevedad de la vida y el menosprecio del mundo material. La vida se apreciaba de otra manera, el ser humano se desprendía de su egoísmo y fomentaba las virtudes universales tales como el respeto, la verdad, el bien común, la libertad, entre otros principios. Esta virtualidad es la que se encuentra precisamente plasmada en las letras de *Don Quijote*. No podemos pasar por alto que esta novela se escribe durante el inclemente periodo inquisitorio, por lo tanto, sus líneas estuvieron sujetas a lo que la Santa Inquisición resguardaba. Es por esta

razón que este trabajo intenta contestar la siguiente pregunta: ¿denuncia Miguel de Cervantes la doctrina inquisitoria en *Don Quijote*? Se propone investigar a través de este estudio si, en efecto, el autor recurre a la polifonía de su lenguaje para eludir la censura y así enhebrar una tajante crítica dogmática en el discurso de sus personajes.

Primeramente, las opiniones convergen y resulta exotérico que esta novela se encasille solamente como una parodia a los reputados libros de caballerías. La obra cervantina abraza estrepitosas detracciones que se encuentran sutilmente ocultas; subrepticios que cuatrocientos años después todavía intentan develarse. Martha García expone que “la legitimidad de la obra cervantina requiere la presencia de la consideración teológica como ciencia de entendimiento y de razón transmitida por la tradición textual y su entorno adyacente” (157). Es por esto que es menester analizar el contexto y el texto de esta novela diacrónicamente desde una óptica teológica, pues es la que imperaba en la sociedad del siglo XVI. No es extraño encontrar citas de las Sagradas Escrituras en la voz o en el discurso de los protagonistas. Los personajes de la novela, especialmente don Quijote y Sancho Panza hacen alarde de su fe cristiana en varias ocasiones. Patrizia Di Patre sostiene que “las líneas cervantinas revelan una filiación que nos parece indudable; descubren también, y muy a las claras, el carácter fuertemente literario y, diría, de chocante intelectualidad, poseído por los fragmentos más estratégicos de la Sagrada Escritura” (2011).

En el Capítulo VIII de la Segunda Parte, Sancho dice “creo firme y verdaderamente en Dios y en todo aquello que tiene y cree la santa Iglesia católica romana” (Cervantes, 604). Más adelante, en el mismo capítulo, Don Quijote expresa “nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religión cristiana que profesamos” (Cervantes, 606). En el capítulo XIX

el protagonista declara: “Yo no pensé que ofendía a sacerdotes ni a cosas de la Iglesia, a quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano que soy” (Cervantes, 173).

Todas estas profesiones de fe y religiosidad no aparecen exclusivamente en labios de don Quijote, sino también en boca de otros personajes de esta inmortal novela. Es vital volver a comentar que *Don Quijote* es una imitación atípica de los caballeros medievales que abundan en los populares libros de caballerías. En el transcurso de sus aventuras con su escudero, se puede apreciar lo atemporal de su discurso. Su fijación con los libros de caballerías, sus aventuras improvisadas y su aparente *locura* apuntan hacia una vida tragicómica. Al Quijote lo encontramos en numerosas ocasiones inmerso en sus quimeras y llevando al pie de la letra su comisión. Probablemente el autor acudió al empleo de estos elementos idealistas para que los lectores meditaran con mayor atención en estos pasajes quijotescos. Este efecto rebote que abunda en *Don Quijote* provoca que el lector se traslade involuntariamente a las dos dimensiones en las que él asienta, o pretende asentar, sus personajes. Esta alternancia, prodigiosa por cierto, está sujeta a exégesis infinitas. Barbara Fuchs apunta que “the disjunction between truth and fiction in Don Quijote has often been circumscribed as a literary problem” (4).

Igualmente importante, la ironía religiosa de Cervantes es aún cuestionable. Se sabe muy poco sobre su formación religiosa ---si alguna--- durante su niñez y juventud. Otros han testificado que Cervantes componía versos y alabanzas a Dios y que fue discípulo de un sacerdote. Jesús Maestro comenta que “la cuestión religiosa en Cervantes es uno de los temas más delicados, espinosos y hasta cierto punto inciertos en la vida y la obra literaria de este hombre” (5). Se conoce que fue soldado y que fue herido en la batalla naval de Lepanto. Fue la Liga Santa la que se alzó con la victoria arrasando con la flota turca que intentaba expandir y establecer el islam en la península. Paul Descouzis opina que “concurren los cervantistas en

admitir que los acontecimientos históricos del tiempo de Cervantes, especialmente el Concilio ecuménico de Trento, así como las controversias político-religiosas nacidas del mismo, contribuyen a la formación de la ideología del *Quijote*” (479).

Es por esto, que la presencia morisca y las relaciones cristiano-musulmanas son asuntos que poseen una sólida presencia en esta obra. Como indica Julio Vélez-Sainz “Miguel de Cervantes refleja la situación de los moriscos en el *Quijote*. Resulta más interesante la segunda parte que la primera con respecto a la problemática concreta de la expulsión de minorías religiosas.” (244). En el capítulo XXVI de la segunda parte se narra lo que sucedió en el retablo de Maese Pedro. Don Quijote opta por destruir con su espada a todos los muñecos del titiritero porque él piensa que son moros que estaban persiguiendo a los *buenos* de la obra. Don Quijote refuta y le atribuye su comportamiento eufórico a los encantadores y a su noble deseo de ayudar a los que estaban siendo oprimidos. Este tipo de posturas ortodoxas son las que la santa inquisición promovía.

De manera similar, Cervantes repite una y otra vez que *Don Quijote* no es más que la traducción al castellano del manuscrito de un autor árabe llamado Hamete Benengeli. La interrogante que se plantea al lector sería entonces ¿por qué un musulmán y no un católico? ¿Acaso el autor pretende que creamos que estas aventuras son productos de una mentalidad hereje? El personaje de Hamete Benengeli comienza diciendo “Bendito sea el poderoso Alá”. Alá es el dios de los musulmanes y su adoración era considerada una apostasía para la iglesia católica. Intencionalmente Cervantes se vale de su originalidad estilística para desviar a los lectores. Precisamente, la inquisición española procuraba mantener la ortodoxia católica bien delimitada dentro de sus dominios territoriales. Muchos de los musulmanes y judíos se convirtieron al cristianismo falsamente con la intención de mantener las tierras que habitaban y

muchos de ellos practicaban su religión en privado. Estos falsos conversos eran los más perseguidos por la Inquisición. Manuel Colás Gil expresa esta idea con elocuencia:

Es una época de hostilidad frente a comunidades y minorías religiosas, étnicas y menesterosas que muestran resistencia a adaptarse a la doctrina política y religiosa. Estos individuos son expulsados, confinados en hospitales y cárceles o bien integrados forzosamente a través de la reeducación o la conversión religiosa. Moriscos, gitanos, y pobres, así como sus costumbres y prácticas son tema central de estos discursos, que también incluyen documentos sobre ladrones, rufianes, y otros criminales. (222)

La herejía, por lo tanto, no era tolerada, por eso la inquisición estableció la censura para evitar la difusión de ideas heréticas. Toda España se encontraba en cautiverio, terceros determinaban lo que se escribía, de qué se escribía y cómo había que pensar o expresar sus convicciones religiosas. La Santa Inquisición tenía dominio absoluto del arte y de las letras; letras que no eran puras, sino alteradas y diluidas. Los autores no contaban con la libertad de comunicar ideas inusitadas. Se crearon listas de libros prohibidos conocidos como los índices. La persona que leyera uno de estos libros podía enfrentar cargos de herejía en el tribunal inquisitorio. Un libro necesitaba pasar por la censura inquisitorial antes de publicarse. La importación de libros extranjeros sin licencia real se castigaba con pena de muerte (Kamen, 109). Los libreros eran las personas que estaban a cargo de examinar el contenido de las obras y tenían la potestad de enmendar lo que ellos consideraban necesario. Esto para un autor de la época pudo haber resultado muy arbitrario, pues las obras pudieron haberse desviado de la intención original del autor. Sin embargo los autores de esa época sabían que si querían publicar sus trabajos, ellos tenían que aceptar estas normas de impresión y aceptar cualquier cambio que se realizara.

Aunque las herejías eran altamente castigadas, existía también cierto escepticismo con respecto a la hechicería. La brujería no era considerada una amenaza para los inquisidores ya que se dudaba de su aparente poder. Sin embargo, en *Don Quijote* vemos en numerosas ocasiones episodios sobre encantadores y hechiceros. De estas creencias y supersticiones se valió el audaz caballero para justificar alguno de sus comportamientos poco usuales. Por otro lado, la inquisición también castigaba todo lo que era considerado *contra naturam* como por ejemplo la homosexualidad, el bestialismo y el incesto. Aunque esta novela se caracteriza por la ausencia de contenido erótico al estilo celestinesco o tan presente en el *Libro de buen amor* debido precisamente al elemento paródico de la tradición artúrica de los libros de caballerías, se han elaborado en algunas instancias connotaciones sicalípticas. Carroll Johnson propuso que “that unconscious incestuous impulses aroused by the niece propel her uncle first into manic reading of sex and violence escapist fiction that is, the famous novels of chivalry” (20). Por otra parte, hay quienes cuestionan el hecho de que el Quijote no parece relacionándose bien con ninguno de los personajes femeninos, sino que dormía todas las noches en la misma habitación que Sancho. De hecho, el caballero es seducido por el personaje de Maritornes y éste la desprecia por su deseo de permanecer fiel a Dulcinea. Estos argumentos y posibles inferencias son insustanciales.

No obstante, debo reseñar la abundancia del uso onomástico de los nombres en la obra. De todos los personajes que aparecen en la novela, quisiera detener este análisis en el nombre y el comportamiento del cura Pero Pérez. Este cura era un hombre docto graduado de una universidad provincial de poco prestigio en Sigüenza. Amerita mencionar que Pero se deriva del nombre Pedro. Estudios teológicos y bíblicos aseguran que Pedro fue uno de los fieles seguidores de Jesús de Nazaret. Él ---con el fin de protegerlo y evitar su arresto--- le cortó la oreja a un soldado romano con su espada. La intención del discípulo era en esencia buena, pero

los medios que utilizó eran moralmente inaceptables. En *Don Quijote* ---similarmente--- el cura estaba empeñado en sacar al protagonista de su *locura* y junto con el barbero quemaron la gran mayoría de sus libros y pusieron un muro para que no tuviera acceso a la biblioteca. Cuando él se dio cuenta de lo sucedido, ellos le dijeron que los encantadores habían hecho desaparecer la pared. Podemos notar cómo el cura acude a creencias esotéricas ---comprometiendo su fe--- para lograr un fin. Aunque su intención era lograr la “sanidad mental” del Quijote, los medios que utilizó no eran los más efectivos y moralmente indicados. Su comportamiento puede interpretarse como el sacrificio de las convicciones personales ---y utiliza aquellas que no son moralmente aceptadas--- siempre y cuando se obtenga el fin que se persigue. Precisamente esto fue lo que hizo la inquisición con miles de individuos que fueron torturados y ejecutados.

En conclusión y para responder la pregunta que se expuso al principio de este estudio, podemos encontrar diversas citas y referencias bíblicas a lo largo de esta obra. Aunque durante este período la presencia de la temática religiosa era habitual en la literatura, se puede inducir que Miguel de Cervantes se valió del componente religioso y de su carácter alegórico para soslayar los muros censoristas. El autor, a través de la construcción de sus personajes, reprobó el comportamiento de los encantadores, de los herejes y de los profanos, en consonancia con las posturas inquisitoriales. Cervantes, estratégicamente, se valió de la supuesta condición de *locura* del Quijote para reconvenir lo que él pensaba era inadmisibles. Así lo señala Lozano: “el alejamiento de lo social constituye, además de una renuncia, un refugio, en el que la reconciliación con la vida natural y el sueño de la felicidad originaria aportan una ilusión de libertad” (2012). Este acto de escapismo resultaba imperativo. La transigencia resultaba indeclinable; tenían que aprender a coexistir mientras se fragmentaba por consecuencia lógica una iglesia arraigada en el comportamiento corrupto, farisaico y fratricida. El quijotismo que se

desprende de Cervantes no consistía en rebasar fronteras somáticas solamente, sino que también consistía en un ejercicio de escritura y lectura que contribuía a la toma de función, y al traslado socio-cultural de la sociedad *siglodeorista* desde el pensamiento utópico renacentista hasta la movilidad de palabra y acción de la temprana edad moderna.

Obras citadas

- Colás Gil, Manuel. "Cervantes y los 'discursos de delincuencia': Don Quijote (I), El curioso impertinente, Rinconete y Cortadillo." *MLN* 129.2 (2014): 219-37.
- Cervantes Saavedra, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha*. Ed. Francisco Rico. Madrid: Real Academia Española; Asociación de Academias de la Lengua Española, 2004. n. pág.
- Descouzis, Paul M. "Reflejos del Concilio de Trento en *El Quijote*." *Hispania* 47.3 (1964): 479-84.
- Di Patre, Patrizia. "Reminiscencias evangélicas a lo largo del Quijote." *Cervantes* 31.2 (2011): 213-20.
- Fuchs, Barbara. "Border Crossings: Transvestism and Passing' in Don Quijote." *Cervantes* 16.2 (1996): 4-28.
- García, Martha. "Texto y contexto: Ciencia y conciencia teológica en Cervantes." *Cervantes* 31.1 (2011): 147-58.
- Johnson, Carroll B. "Don Quijote Turned 400. Did Anybody Notice?" *Cervantes* 30.2 (2010): 15-32.
- Kamen, Henry. "Censura y libertad: El impacto de la Inquisición sobre la cultura española." *Revista de la Inquisición* 7 (1998): 109-17.
- Lozano, Isabel. "Vitalismo y estética en Cervantes y la libertad." *Espéculo* (2012). n. pág.
- Maestro, Jesús G. "Cervantes y la religión en *La Numancia*." *Cervantes* 25.2 (2005): 5-29.
- Vélez-Sainz, Julio. "¿Amputación o ungimiento? Soluciones a la contaminación religiosa en *El Buscón* y *El Quijote* (1615)." *MLN* 122.2 (2007): 233-50.